MÉRITO

FORTUNA, ERRORES, CRIMENES

Y DESGRACIAS

DE

NAPOLEON BUONAPARTE.

MADRID:
Imprenta del Censor, Carrera de S. Francisco,
Por D. Leon Amatita.

1821.

MERITO, FORTUNA, ERRORES, CRIMENES Y DESGRACIAS DE NAPOLEON BUONAPARTE.

Murió Buonaparte. Ya no existe el hombre ante el cual se postraron en otro tiempo las naciones, y cuya voz hacia estremecer sobre sus tronos á todos los monarcas del continente de Europa. Precipitado de la cumbre del poder y de la gloria, encerrado en un peñasco en medio del océano, secuestrado del mundo, y sobreviviendose á sí mismo por espacio de seis años, pagó por fin á la naturaleza el último tributo. El gran general, el batallador afortunado, el profundo político, el legislador de un gran pueblo, el déspota tan temido, el conquistador ambicioso, y el que en la embriaguez de su fortuna pudo olvidarse con mas razon que Alejandro, de que habia nacido mortal, ha pasado sus últimos dias en una prision y ha fallecido lejos de su patria, separado de su esposa y de su hijo, apartado

de todos sus parientes y amigos, y lo que ha debido serle mas doloroso todavía, cargado con la execracion de la Europa, á la cual quiso esclavizar, pudiendo haberla dado la libertad, y á la cual hizo mucho mal, pudiendo hacerla feliz. ¡Leccion terrible para los poderosos de la tierra, para los árbitros del mundo! En ella pueden aprender que no es sólido y estable el poder que no se funda en la justicia, y que la verdadera gloria de los príncipes no consiste en mandar grandes egércitos, en ganar grandes batallas, en conquistar provincias y en hacerse temer de sus rivales; sino en hacer mucho bien á sus pueblos, y si puede ser, á todo el género humano.

Al hablar nosotros del célebre personage cuya muerte es el asunto de todas las conversaciones, no nos proponemos dar la historia de su vida: harto conocida es de todos. Queremos únicamente fijar la opinion sobre el hombre estraordinario que ha dejado de existir sobre la tierra; pero cuyo nombre pasará á la mas remota posteridad, por la gran parte que tuvo en los importantes sucesos de que han sido testigos los últimos años del siglo XVIII, y los primeros del XIX: suce-

sos que tanto han de influir en la suerte de las generaciones venideras. Queremos separar lo que hubo en él de bueno y de malo, de justo y de injusto, de grande y de pequeño, de heróyco y de burlesco. Queremos que no se confunda su mérito con su fortuna, sus errores con sus crímenes, sus faltas con sus desgracias. Queremos finalmente anticipar el juicio de la posteridad y juzgarle, aunque somos sus contemporáneos, con la misma imparcialidad con que le ha de juzgar la historia; y nos parece que tenemos derecho á hacerlo; porque si nadie admiró con mayor entusiasmo que nosotros lo que hizo de verdaderamente grande y util, nadie tampoco conoció mejor y sintió mas vivamente sus yerros, y á pocos habrán sido mas funestas sus locuras.

Cuando un hombre es por mucho tiempo el objeto de las mas exajeradas alabanzas, y el blanco de las mas virulentas invectivas; cuando unos le ensalzan hasta hacer de él un ente superior á la humanidad, y otros le deprimen hasta negarle las prendas y cualidades que se conceden á los hombres mas comunes; cuando los unos le pintan como un Dios, y los otros

como un monstruo; es una prueba irrecusable de que en él hay cierto mérito no vulgar, que deslumbra y fascina á sus admiradores, y escita el odio y la envidia de sus enemigos. El hombre que no sale de la esfera ordinaria y que no tiene ninguna cualidad sobresaliente, ni escita la admiracion, aun cuando llegue á estar revestido del poder supremo, ni se atrae un odio vehemente y encarnizado: le adulan unos y le desprecian otros; pero ni aquellos abrazan con calor su causa, ni estos esperimentan otro sentimiento, que el de la justa indignacion que siempre causa ver premiada y ensalzada la nulidad ó la medianía. Esta sola reflexion hará confesar á toda persona de buena fé, que Napoleon Buonaparte ha sido uno de aquellos hombres que el mundo ha llamado siempre grandes; porque en ellos se reconocen ciertas cualidades eminentes, que no es fácil hallar reunidas en un solo indivíduo de la especie humana, y porque en ellos hasta los crímenes tienen algo de grandioso y heróyco, como que nacen no de pasiones viles y rateras, sino de aquellas que solo se escitan en almas grandes y en corazones generosos. Por otra parte,

el hombre que desde la clase de simple oficial de artillería se eleva al primer trono de Europa, que humilla á sus pies á los monarcas mas poderosos de su tiempo, que se hace el árbitro de su siglo, que invicto siempre por espacio de 20 años desbarata cuantos egércitos se le oponen, triunfa de los generales mas hábiles y esperimentados, da y quita cetros, llena el mundo con la gloria de su nombre, da leyes á su patria, termina en ella la mas espantosa revolucion que jamas vieron los hombres; y que para caer del solio, es preciso que él mismo escite contra sí el odio general de los pueblos, y que estos se reunan todos contra un indivíduo solo; semejante hombre, decimos, puede muy bien haber sido ayudado y favorecido por lo que se llama fortuna, es decir, por ciertas casualidades favorables á sus designios; pero es imposible que no haya tenido mucho talento, mucha habilidad, mucha destreza, mucha prevision, mucha firmeza de caracter, mucha constancia, mucho valor, mucha presencia de ánimo, mucho conocimiento del mundo y del corazon humano, y una instruccion muy superior en todas las partes del dificil y complicado arte de

la guerra. Y el hombre que reuna tantas, tan relevantes y tan poco vulgares cualidades, ¿será un hombre comun, despreciable, y del número de aquellos que se encuentran á cada paso? Inexplicable fenómeno seria por cierto el de que con pequeños medios y mezquinos recursos hubiese hecho constantemente y por espacio de veinte años tantas cosas, cada una de las cuales pareció al tiempo de verificarse una especie de prodigio. Pero ya se sabe que estos no existen en el curso ordinario de las cosas; que los efectos en todas líneas son siempre proporcionales á sus causas, y que estas no podrian producirlos, si no fuesen adecuadas á su tamaño y grandeza. Por consiguiente cuando se ven grandes hechos, grandes sucesos, grandes resultados, y sobre todo cuando estos se multiplican y repiten en muchos y muy diferentes géneros; es imposible que sea pequeña, estrecha y vulgar la cabeza que los prepara, combina, dirige y crea á su arbitrio y voluntad.

En la parte militar, las dos primeras campañas de Italia, y las célebres batallas de Marengo, Austerlitz, Jena, Friedland y Wagram, serán monumentos eternos de

su pericia militar, sin que el revés de san Juan de Acre, el desastre en Rusia, la derrota de Leipsic, y la catástrofe final de Waterloo, menoscaben un punto la gloria del general, á quien los mas hábiles, entre amigos y enemigos, reconocian unánimemente por el primer capitan de su siglo. Háyasele deprimido cuanto sugerian el odio y la envidia, cuando llegó á ser generalmemente aborrecido por el abuso que hacia de su poder; pero recordemos ahora que ya no existe, cuál fue la admiracion que excitó en todas partes su primera campaña de Italia, cuales los elogios que aun las musas españolas le tributaban, cual el entusiasmo con que de él se hablaba en todos los paises; y dígase de buena fé, si el hombre que al salir por primera vez al teatro de la gloria derrotó sucesivamente cinco egércitos mas numerosos que el suyo, conquistó la Italia, y obligó al Austria á firmar una paz poco ventajosa para ella, á humillar su altivez reconociendo la república francesa; si el vencedor de Montenotte, de Milesimo, de Lodi, de Arcola, de Rivoli; si el primero que enseñó á hacer prisioneros egércitos enteros de enemigos, ha sido un general adocenado é imperito.

Recordemos tambien el paso de los Alpes, la batalla de Marengo, y la impresion que hizo en toda Europa el ver al Austria cediendo en un solo dia dos provincias y 23 plazas fuertes, y al primer consul reparando en una accion sola los muchos desastres ocasionados por su ausencia; y por mas que opongamos á tan brillantes triunfos los reveses de sus últimas campañas, todavía se inclinará mucho la balanza en su favor.

Si de la parte militar pasamos á la civil y administrativa, bastará recordar que habiendo hallado la Francia á su vuelta de Egipto en la mas completa desorganizacion y anarquía, la mitad de los departamentos sublevados, el erario exausto, las fronteras invadidas, el egército desnudo y desalentado, las facciones combatiendose encarnizadamente y sucediendose unas á otras en el mando para empeorar cada vez mas el estado de las cosas; apenas tomó el primer consul las riendas de la administracion, todo mudó de semblante. Hubo egército, hubo dinero, hubo orden, hubo gobierno, cesó la guerra civil, los partidos se reconciliaron ó confundieron, renació la confianza, se abrieron los manantiales

de la riqueza pública, desapareció la plaga del papel moneda, floreció la agricultura, hizo la industria rápidos y estraordinarios progresos; y en pocos años llegó la Francia á un punto de poder, de riqueza y de prosperidad, á que no habia llegado en el tan célebre reynado de Luis XIV. Sistema completo de gobierno, de administracion y de rentas, organizacion judiciaria, restablecimiento de la religion, y leyes orgánicas de todos los cultos reconocidos; creacion de inmensos egércitos, obras públicas emprendidas y concluidas en pocos meses, canales abiertos, caminos reparados, monumentos elevados á la gloria nacional, nuevos puertos, fortificaciones de plazas, elementos de una gran marina militar; todo esto hecho simultáneamente y como por ensalmo y encantamento, y hecho en medio de contínuas, sangrientas y costosísimas guerras, suponen en el gefe supremo que á todo atendia y de todo cuidaba, como si cada ramo fuese el único en que tuviera que ocuparse, una cabeza, un ardor, una actividad y una aplicacion al trabajo, cuales jamas quizá se vieron reunidas en ningun otro caudillo. Alejandro solo pensaba en conquistas, Cesar descuidó la ad-

ministracion mientras estuvo guerreando. Anibal mandaba egércitos, pero no gobernaba á Cártago; y entre los modernos guerreros, solo Pedro el Grande civilizaba sus pueblos al mismo tiempo que combatia con los suecos: los demas príncipes algo célebres de la historia moderna no tenian otra ocupacion que la de mantener y conservar el orden establecido, pero no eran llamados á crearlo todo de nuevo. Se dirá que Buonaparte se valió para todo lo perteneciente á la administracion interior, de muchas otras personas instruidas en los respectivos ramos del gobierno de un Estado, y que estas fueron las que todo lo arreglaron y dirigieron. Asi es sin duda, y era imposible que fuese de otra manera; porque un solo y mismo hombre no puede á un tiempo mismo escribir códigos de legislacion, organizar sistemas de hacienda, dirigir los negocios de gabinete, pasar revistas y dar batallas; pero ademas del mérito que tiene el gefe de un estado en solo elegir personas hábiles para que le ayuden, y en estará la mira de sus operaciones, es menester saber que Napoleon veia y examinaba por sí mismo cuanto se hacia de su orden, y daba su voto con mucho

tino y acierto aun en las materias mas inconexas con su profesion principal y con sus estudios favoritos. Impresas estan las sesiones del consejo de Estado, en que se discutió el proyecto del código civil, y en ellas puede verse cómo el primer consul que ordinariamente presidia, tomaba parte en las discusiones, y cuantas veces hizo preguntas y objecciones que dieron en qué pensar á los grandes jurisconsultos que ventilaban aquellas áridas cuestiones. Este es á nuestro juicio el gran mérito de Buonaparte, el de la aplicacion al trabajo del gabinete, y la constante laboriosidad con que por espacio de 14 años ha vigilado todas las partes de una administracion tan vasta. Parecerá exageracion, pero nos consta que no lo es: durante su gobierno no se despachó en Francia un solo espediente, no se dió una sola orden por los ministerios, no se hizo un solo nombramiento para un empleo de alguna importancia, sin que él tuviese noticia, sin que se instruyese del asunto y resolviese por sí mismo, si la materia lo requeria; y cuando el negocio era relativo á la guerra, ó á la política esterior, descendia él á los últimos pormenores, y

dictaba materialmente las órdenes, é instrucciones que se espedian por los ministros. En esta parte ninguno de los príncipes antiguos ni modernos puede serle comparado, sino Federico II; pero este, ademas de que su administracion era mucho menos vasta, no llegó tampoco á la infatigable y casi prodigiosa laboriosidad de Buonaparte. Baste decir que este último en los 14 años que ha gobernado la Francia, acaso no habrá dormido ningun dia arriba de cuatro horas, y que en los primeros tiempos del consulado pasó largas temporadas sin descansar mas que hora y media ó dos horas, vestido y reclinado sobre el hombro de su esposa, que le velaba, por decirlo asi, en aquel corto rato de reposo.

Mérito es tambien en un hombre que vivia en la esfera de los placeres y de las delicias, el haber conservado la regularidad de costumbres á que se habia habituado en los campamentos militares. Siempre fue parco y sóbrio en la comida; y aunque no tan insensible á los encantos del bello sexo, como algunos han creido, conservó siempre bastante imperio sobre sus pasiones para no de-

jarse dominar por muger alguna, y ni aun permitirlas que tomasen el tono de favoritas. En su trato particular supo combinar en tal grado la afabilidad y la magestuosa gravedad que pedian su caracter y el puesto que ocupaba, que quizá no hubo jamas un príncipe mas amado, mas respetado y mas temido de cuantos le rodeaban: y la prueba se ha visto en su desgracia. Cuando abdicó el imperio la vez primera, y salió para la isla de Elba, todos los ayudantes de campo, los gentiles-hombres y demas empleados de su casa que se hallaban cerca de su persona; todos querian acompañarle en su destierro, y todos envidiaban el honor de los pocos que fueron escogidos. La misma escena se repitió en su última salida de Francia y en su viage á Santa Helena; y en cuanto al amor sincero de los que le habian tratado y servido de cerca, buena prueba son las lágrimas que el general Rapp ha derramado cuando ha sabido su muerte: lágrimas que, digan cuanto quieran las almas frias é insensibles, honran al que las derrama y al que las hace derramar. En cuanto al amor, ó por mejor decir, á la especie de idolatria con que le adoraban

cuantos soldados habian militado bajo sus órdenes, ya se vieron los efectos á su vuelta de la isla de Elba: y hoy mismo, si no hubiese muerto y se presentase en una frontera de Francia, los generales y oficialidad superior no harian ya lo que hicieron el año de 15, porque su interés se lo estorbaria; pero lo que es la oficialidad subalterna y los simples veteranos, todos se dejarian matar á su lado si volviese á mandarlos otra vez. No hubo jamas un general mas idolatrado de sus tropas; y asi es que en tantas campañas, jamas se le reveló ó desobedeció sus órdenes una sola compañía. Aunque supiesen evidentemente que caminaban á una muerte inevitable, como él lo mandase, generales, oficiales y soldados, todos iban resignados al sacrificio.

En cuanto á la habilidad con que supo aprovecharse de las circunstancias, y manejar los hombres y las cosas; la mejor prueba es su primera elevacion á la dignidad imperial. El hombre que no solo se hace superior á sus iguales, sino á los que antes le mandaban, y los hace concurrir á su engrandecimiento; aquel á quien sirven luego todos, como dociles instru-

mentos para la egecucion de sus planes, y que va obteniendo por grados esta sumision voluntaria, sin usar de violencia ni fuerza alguna; es preciso que tuviese sobre todos aquel ascendiente que da un mérito extraordinario. Si Bonaparte, como Cesar y tantos otros usurpadores, se hubiera apoderado de la autoridad suprema estando al frente de un egército que con dádivas ú otros medios hubiese puesto á su entera devocion, nada tendria de admirable su elevacion al trono de la Francia; pero lo que en él hubo de singular, es que dejandose su egército en Egipto, vino á Francia, derribó el gobierno existente y se alzó con la suprema dignidad, sin mas auxiliares que su fama y las pocas tropas de la guarnicion de París, las cuales no habian servido bajo sus órdenes, y acaso no le habian visto jamas hasta que tomó su mando para marchar á san Cloud. Su atrevida operacion en aquella célebre sesion de los consejos legislativos, no es de un alma formada en los moldes ordinarios; y atendidas las circunstancias de tiempos y lugares, no fue menos arriesgada que el paso del Rubicon. Prescindimos por ahora de la justicia y legalidad

con que fue hecha: hablamos solo del valor y firmezá que supone en el que se encargó de egecutarla.

Resumiendo ya todo lo dicho acerca del mérito de Buonaparte, nos parece que sin injusticia no pueden negarsele las cualidades personales que constituyen los hombres estraordinarios: gran talento, prodigiosa memoria, valor cívico y guerrero, firmeza de caracter, constancia en sus empresas, amor al trabajo, cabeza infatigable, conocimiento del mundo, habilidad para escoger los hombres y hacerlos concurrir á sus ideas, pericia militar, instruccion mas que superficial en muchos otros ramos, pensamientos elevados, grandiosidad en los proyectos, un tenor de vida generalmente arreglado, y ningun vicio sórdido de aquellos que envilecen y degradan: todo esto junto con una ambicion desmesurada y con una completa inmoralidad política, fundada en el principio de que todo le era lícito para dar cima á sus gigantescas empresas: tal nos parece que será el retrato que algun dia trazará la historia, cuando llegue á pintar el hombre que tanto ha dado que hablar á sus contemporáneos. Veamos ahora el uso que hi-

zo de tan brillantes cualidades, tan sublimes talentos y tan felices disposiciones.

Mientras fue simple general á las órdenes del directorio, poco tenemos que reprender en su conducta, porque suponemos que fue mero egecutor de los mandatos del gobierno, y que obraba en todo con arreglo á las instrucciones que este le daba, y siempre de acuerdo con los comisarios que le acompañaban y tenian voto en todas las operaciones que no eran puramente militares; como los tratados de tregua, requisiciones para el egército, contribuciones impuestas á los pueblos invadidos, y otros negocios semejantes. Sin embargo, si cómo han dicho algunos, fue él quien propuso al directorio la conquista de Venecia, y la cesion al Austria de este pais independiente, esta seria su primera injusticia, que nadie aprobó entonces, ni puede aprobar la sana política. Lo mismo decimos de la ocupacion de Malta sin declaracion previa de guerra, y sin otro motivo que el de convenir á la Francia para la egecucion de sus proyectos sobre el Egipto, la posesion de aquella isla, con la cual se han quedado despues los ingleses, por la misma y muy poderosa razon

de que pueden y de que quieren. La espedicion de Egipto fue otra solemne injusticia; pero en ella no tuvo mas parte Napoleon, que la de encargarse de tan arriesgada, dificil y temeraria empresa; la cual sin embargo, pasando por encima de la injusticia, hubiera tenido consecuencias muy ventajosas para la civilizacion del mundo, si la Inglaterra, para la cual lo primero es su comercio, no se hubiera apresurado á inutilizarla y á destruir en su origen la colonia militar que solo unas cabezas tan acaloradas y ligeras, como las de los directores franceses, pudieron enviar al otro lado del mar, no teniendo marina con que sostenerla, defenderla, y reforzarla de contínuo.

En cuanto á la memorable jornada de Saint-Cloud, si la disolucion del gobierno directorial hubiese sido un atentado particular de Buonaparte, ó de cualquier otro individuo, nunca sería escusable sino por la adquiescencia posterior de la nacion; porque aquel era un gobierno nacional que ningun ciudadano tenia derecho á destruir por sola su autoridad. Pero se sabe que aquella resolucion fue acordada por la mas sana parte del Consejo de los ancia-

nos, y de otros muchos ciudadanos, intérpretes de la opinion general, la cual estaba convencida de que aquella forma de gobierno conducia la Francia á su perdicion y ruina, y no podia ni debia tolerarse por mas tiempo. La constitucion consular, y la dictadura que esta confirió á Buonaparte, no fueron tampoco obra esclusiva de sus manos; fue el único remedio que los hombres juiciosos hallaron á los males que padecian ó les amenazaban, y una invencion feliz para terminar la revolucion, y establecer por fin un gobierno despues de ocho años de anarquía revolucionaria y constitucional. El que Napoleon aceptase y egerciese aquella dictadura, tampoco ofrece un capítulo de justa acusacion contra él. Por el contrario, las mas bellas páginas de su historia son las de los dos primeros años de su consulado, en los cuales hizo mucho bien á la Francia, y ningun mal á la Europa. Si peleó, fue para arrojar del suelo de su patria á los enemigos que la invadian; sí triunfó de ellos y los obligó á la paz, dictó las condiciones que exigia el interés de su pais y el de la Italia, cuya futura independencia preparó con el restablecimiento de la república cisalpina: y

si en lo interior gobernó con una autoridad verdaderamente absoluta y arbitraria, aunque al parecer constitucional y limitada, no abusó de este poder estraordinario, ni le empleó mas que en reparar las ruinas de la revolucion, reconstruyendo en todas sus partes el edificio social. Asi es que sus mayores enemigos nada han tenido que decir contra su gobierno, hasta que firmada la paz de Amiens, con la cual cerró como Augusto el templo de Jano abierto hacia tantos años, envió á santo Domingo la malograda espedicion de Leclerc, se hizo dar el consulado vitalicio, y preparó la creacion del imperio. Aqui empiezan sus grandes errores en política, sus injusticias, sus crímenes de todas clases y sus atentados contra la independencia de las demas naciones: errores, injusticias, crímenes y atentados que sus mayores admiradores no pueden aprobar, y que nosotros no disimularémos tampoco.

Su primera falta fue la citada espedicion á santo Domingo; porque prescindiendo de la cuestion de derecho sobre si las metrópolis le tienen ó no para sugetar con las armas las colonias que de ellas se separan y se declaran indepen-

dientes; Buonaparte debió prever lo que sucedió, que la resistencia de los negros y lo mal sano del clima disminuirian mucho el egército que enviaba; que la Inglaterra para impedir que la Francia recuperase aquella importante posesion, renovaria las hostilidades, y que no pudiendo él entonces reforzar la espedicion, el resultado de la empresa seria no reconquistar la colonia y perder un egército numeroso. Y si la espedicion fue la primer falta política y militar del que la dispuso, la prision, la traida á Europa y la muerte del caudillo de los negros, fue tambien el primer crimen del consul perpétuo de Francia; crimen tanto menos escusable, cuanto era mas inutil y gratuito.

Otro grande error, y al mismo tiempo otro pecado imperdonable contra la filosofía, fue el proyecto que ya desde entonces formó y empezó á egecutar, de hacer retrogradar la revolucion mas allá de lo justo, de desacreditar las ideas liberales, y de restablecer hasta donde pudiese el imperio de las preocupaciones y de la ignorancia. El creer que este paso retrógrado hacia los siglos bárbaros era con-

veniente y posible, fue un error inesplicable en un hombre que conocia su tiempo; y el empeñarse en verificarle, si bien fue un gran servicio hecho al despotismo, fue una especie de impiedad en un hombre que todo lo debia á la revolucion, y á las luces que la habian preparado. Para evitar repeticiones, reuniremos en un solo cuadro cuanto la filosofía puede echar en cara á Napoleon en esta parte. El decreto, que acaso no hubiera dado el mismo Torquemada, para suprimir en el Instituto la clase de ciencias políticas y morales, la incorporacion de la Decada con el Mercurio, la creacion de la Universidad imperial, el restablecimiento de los antiguos colegios, la censura de los periódicos, la esclavitud de la imprenta, la declarada ojeriza é inconcebible aversion á la inocente ideologia, y la última y mas que vandálica ley disminuyendo y fijando el número de las imprentas en Francia: todo esto en la parte literaria; y en la civil, la inquisitorial institucion de la policía, la creacion de la nobleza, el restablecimiento de los mayorazgos, y algunas otras leyes menos conocidas, que seria prolijo enumerar: todos estos actos de su ad-

ministracion son otros tantos cargos gravísimos, á los cuales no le seria posible responder, si viviese y fuese citado ante el tribunal de la filosofía, ó de la sana razon, que es lo mismo.

El segundo crimen, el que empezó à desacreditarle y que él mismo no se ha atrevido á escusar, fue el asesinato del duque de Enguien. Violacion del derecho de gentes, atrocidad inaudita, fria é inutil crueldad, insulto á la justicia universal aparentando una forma de juicio y un simulacro de tribunal: todo se reunió en aquel atentado, el cual aun cuando fuese único, bastaria para mancillar la gloria del mayor héroe del mundo. En el negocio de Pichegru y de Moreau, no nos parece tan culpable como han querido hacerlo creer sus enemigos; porque si bien pudo la rivalidad de gloria tener alguna parte en el destierro del último, hoy ya no puede dudarse de que Pichegru y demas personas comprendidas en aquella causa ruidosa, conspiraban de acuerdo con los enemigos de la Francia para trastornar el gobierno entonces existente, y para deshacerse por cualquier medio de la persona del primer consul: y esto de conspirar á



nombre de otro y de hacerse emisarios de los enemigos de afuera es siempre feo, aunque se pretexten las mas rectas intenciones, y mas cuando en el plan de conspiracion entra, como primer paso, el asesinato del que ocupa en el gobierno la primera magistratura. El tiranicidio pudo pasar por una accion heróyca y virtuosa entre los antiguos republicanos; pero en la moral de los pueblos modernos no hay muerte justa, sino la que se egecuta en virtud de una sentencia legal, pronunciada justamente, y con legítima autoridad.

En las dos guerras que terminó tan gloriosamente con las batallas de Austerliz y Friedtland, no se le puede culpar mas que de haber estipulado en los tratados de Presburgo y Tilsit, no los intereses de la Francia y de la Europa, sino los mal entendidos de su familia. Las guerras no pudo evitarlas: una y otra le fueron suscitadas por las intrigas y guineas del gabinete de San James; pero al hacer la paz, debió sacar sólidas y ventajosas garantías para lo futuro, y no contentarse con la pueril vanidad de coronar á un hermano en Holanda, y á otro en Westfalia: coronas que debian caerseles de las sienes el dia en que la Fran-

cia no las sostuviese con todo su poder. Desde la batalla de Austerliz puede decirse que empezó á perder la cabeza: pues todo cuanto hizo desde entonces hasta su caida, fue un tejido de errores, de disparates, de absurdos y de atrocidades, que le condujeron, como era necesario, al precipicio.

La guerra de Nápoles que siguió á la paz de Presburgo, pudo ser justa en cierto modo; por que el gobierno napolitano aparentando conservar la paz, se entendia secretamente con el Austria, y habia cometido actos de verdadera hostilidad; pero la cesion del pais conquistado, hecha en favor de su hermano José, fue uno de los errores mas capitales de su política. Ya que se le presentaba tan bella ocasion para fijar la suerte de la Italia y preparar la confederacion de todo el Mediodia de Europa, tan necesaria para sostener el equilibrio contra el coloso del Norte; lo que debió hacer, fue reunir en un solo estado independiente la península italiana; cosa que entonces pudo verificar su omnipotencia, y que ya no podrá lograrse quiza en muchos siglos. La ocupacion del Estado romano y de la Toscana, que ejecutó

mas adelante sin ningun título justo, hubiera sido entonces legitimada por el interés general. En la paz de Tilsit no debió tampoco pedir la Westfalia para su hermano Gerónimo, si no el restablecimiento del reyno de Polonia; operacion tan importante en el sistema europeo, como ya se está viendo y se sentirá mas cada dia. Los que intentan disculparle en todos estos errores políticos, dicen que el enviar á sus hermanos Luis, José y Gerónimo á Holanda, Nápoles y Westfalia, y el haber querido trasladar luego el segundo á España, no eran mas que operaciones provisionales, dirigidas á preparar la ejecucion de gran proyecto de restablecer el imperio romano, reuniendo en un solo cuerpo de nacion la península española, la Francia, la Holanda, una gran parte de Alemania, la Italia toda, y la Turquía europea hasta el Danubio; á cuyo gran imperio se irian agregando sucesivamente el Asia-menor, el Egipto, la Libia, la Mauritania y la Tingitania de los antiguos. Tenemos motivos para creer que en efecto este gigantesco proyecto era la grande obra de que él habló varias veces, y para cuya ejecucion pedia treinta años de vida; pero dejando á parte lo qui-

mérico, lo imposible de tan disparatado plan, como es el de amalgamar en una tantas naciones, tan diferentes por su lengua, (que es el mayor obstáculo para fundirlas en una) sus costumbres, su grado de cultura, su caracter, y hasta su religion misma, nos parece que es mal medio de preparar la union de dos naciones, proclamar su respectiva independencia, y hacerlas consentir en que esta será siempre respetada.

Sea de esto lo que fuere, y aun concediendo á sus apologistas que para la formacion del grande imperio, permitiese el interés general del mundo que se hiciese descender de sus tronos á los monarcas que ocupaban los de las naciones que hasta entonces habian sido independientes; todavía es inescusable el medio que adoptó para destronar á la dinastía española. Aqui todo se reune para acriminar la conducta del agresor. Injusticia en el hecho: dolo, perfidia y mala eleccion en los medios. Parece que el angel tutelar de la España cegó en aquellos momentos á un hombre tan perspicaz como Bonaparte, para que proponiéndose cometer una maldad, no viese que el camino que escogia para llegar á sus fines, era

precisamente opuesto al que le hubiera conducido al término de sus deseos. No se entiende á la verdad cómo un hombre que tenia á sus órdenes setecientos mil infantes y ochenta mil caballos; tropas todas las mas aguerridas y entusiasmadas, no declaró francamente la guerra al Gobierno español, que le habia dado plausibles pretestos con la famosa proclama de 5 de octubre de 1806. Venciendo entonces en batallas campales, como era casi infalible en una guerra no nacional, sino de gabinete, provocada y dirigida por un favorito odiado de todos, hubiera obligado á la familia reynante á buscar un asilo en las posesiones de Ultramar, y hubiera dispuesto á su arbitrio de toda la península; la cual en esta suposicion, con poco que hubiera mejorado sus instituciones, le hubiera recibido como á un libertador, y le hubiera mirado como á un angel tutelar. Este era el camino mas corto, sencillo y facil; pero la fortuna de la España, la suerte ó la Providencia quiso que empezando por una capciosa y falaz negociacion; que introduciendo sus tropas con una mal disimulada perfidia, y apoderandose por engaños y sorpresa de las plazas

fuertes de la frontera, excitase desde luego la desconfianza de la nacion, é irritándola despues con el atentado cometido en las personas de sus príncipes, y ofendiéndola vivamente en su honor, la sacase él mismo del letargo en que yacía, la infundiese el arrojo de la desesperacion, é hiciese del pueblo que menos temia, el instrumento de su ruina. En efecto, la serie de los hechos ha mostrado que la firme resistencia de la España ha sido como la piedra, que cayendo de la montaña arruinó, aunque pequeña, el coloso de su poder; y el que abrace de una ojeada todos los acontecimientos ocurridos en Europa, desde 1808 hasta 1814, no podrá negar que en rigor, aunque Buonaparte abdicó el imperio en Fontaineblau, habia sido destronado hacia seis años en Baylen. Sí: en Baylen empezó su ruina; pero era tan grande la mole de su poder, que fueron necesarios seis años para que se completase del todo.

Al grande crimen cometido en España, siguió muy de cerca otro muy semejante, y no menos funesto para su autor, cual fue la agregacion de Roma á la Francia, y la prision del pontífice. Se cree general-

mente que Napoleon era aborrecido en Francia por lo duro y tiránico de su gobierno, y por la ley de la conscripcion; pero este es un error. La administracion de Buonaparte era arbitraria y opresora de la nacion, de cuyas libertades se desentendia él, cuando no se conformaban con su voluntad, pero no respecto de los particulares; y la conscripcion con las excepciones y reemplazos que la hacian menos dura, solo escitaba el descontento en un pequeño número de personas; descontento que la brillantez de los triunfos, el orgullo nacional envanecido con ellos, y las riquezas reales que las conquistas atraian á Francia, hacian casi nulo en sus efectos. Asi Buonaparte, con todo su despotismo y con sus numerosas conscripciones, hubiera continuado largo tiempo siendo el ídolo de los franceses, si la guerra de España y la prision del papa no le hubieran despopularizado en los términos que lo hicieron. La injusticia fue en ambos casos tan atroz y tan visible, que no hubo un solo francés que se atreviese á disculparle; y este amor á la justicia que se encuentra aun en los malos, escitó la indignacion general, y le enagenó los corazones del

pueblo. En el asunto del papa, ademas de la compasion que inspiraba su persona, se mezclaron tambien las ideas religiosas, las cuales no estan en Francia tan borradas como suponen los que juzgan á las naciones por los escritos de algunos particulares: y de esto recibió luego Napoleon una buena prueba, cuando negándose el papa á confirmar los obispos que él nombraba, convocó el concilio de París con el objeto de restablecer la antigua disciplina. Este paso no fue crimen; pero fue una gran falta en política. Semejantes pasos nunca deben darse sino cuando el éxito es seguro: de otro modo la autoridad civil se compromete, tiene que retroceder, y se degrada y envilece; y el egemplo de Buonaparte debe hacer muy circunspectos á los gobiernos en estas materias delicadas. Si el hombre á cuya voluntad nada resistia, tuvo que ceder delante de la oposicion clerical, ¿quién será el príncipe que se atreva á chocar de frente con opiniones y preocupaciones arraygadas en los pueblos? Para combatirlas, es necesario preparar antes el terreno, y conducirse con mucha destreza, habilidad, y prudencia. Decimos esto, porque estamos muy espuestos á

vèrnos en una situacion semejante á la de la Francia, cuando el papa se negó á dar las bulas de los obispos.

Volviendo á Buonaparte, otro de sus desaciertos, ya que no merezca el título de injusticia, fue la última guerra de Rusia, y el temerario empeño de querer terminarla en una sola campaña. La guerra fue impolítica, no necesaria y mal conducida: y el internarse hasta Moscou estando ya tan cercana la estacion de los frios, un arrojo imprudente que nada pudo disculpar. Se ha dicho que el frio se anticipó; pero aunque se hubiera retardado en lugar de anticiparse, siempre hubiera sorprendido en su retirada á un egército que en 20 de octubre se ponia en marcha desde Moscou para el Wístula. Padecido ya el gran descalabro de Rusia, fue otra gran falta la de escoger para teatro de la campaña siguiente el corazon de la Alemania, y dejar tantas fuerzas esparcidas é inutilizadas en Dantzick, en Hamburgo y en las plazas fuertes de Prusia. Si en diciembre de 1812 hubiera Buonaparte retirado al Rin todas las tropas que le quedaban, y con las nuevas levas se hubiese puesto á la defensiva sobre sus fronteras;

esta es la hora en que un solo ruso ni austriaco no hubiera pisado el territorio que entonces era del imperio francés. Pero estaba escrito que cayese el hombre que tanto habia abusado de su fortuna y su poder, y que fuese él mismo quien apresurase y facilitase su ruina.

Nada diremos de su venida de la isla de Elba, y de su última campaña, sino que aquel fue un acto de desesperacion, y que tuvo el éxito que tiene ordinariamente todo lo que no es calculado por la prudencia y el consejo.

Hemos recorrido ya rápidamente la vida pública del héroe indicando sus acciones mas gloriosas en la carrera militar y en la gubernativa, y hemos señalado sus faltas capitales en ambas: ahora descenderémos al pormenor de las cosas que le favorecieron en su elevacion, y de las que haciéndole ridículo, le fueron desconceptuando insensiblemente y prepararon su caida, privándole gradualmente del apoyo de la opinion, sin el cual no podia sostenerse en el alto puesto en que la fortuna y su habilidad le habian colocado. Añadirémos tambien otras causas accidentales de su ruina, independientes de su vo-

luntad, y en que él no tuvo por consiguiente culpa alguna; con lo cual acabarémos de hacer ver completamente cual fue el mérito del hombre, cuales sus errores y crímenes, cual su fortuna, cuales sus desgracias, y cuales sus faltas, debilidades y ridiculeces.

No nos detendremos á probar que la causa primera de la fortuna de Buonaparte, independiente de su mérito, fue la época en que le cupo nacer. Cualquiera ve, sin que nosotros se lo advirtamos, que sin la revolucion, en la cual no tuvo él ni pudo tener la menor influencia por su edad y situacion, todo su mérito no le hubiera conducido mas que á distinguirse en su carrera, y á ser tal vez un general de alguna reputacion, en el caso de que en su tiempo hubiese habido guerras, y él hubiese servido en ellas. Pero ademas de esta ocasion feliz que le deparó la suerte para darse á conocer, desplegar su gran talento, y descollar entre sus iguales; hubo tambien circunstancias particulares, que aun supuesta la revolucion, pudieron no verificarse, y sin las cuales hubiera sido un general ilustre y afamado, pero no emperador de los franceses. La primera

fue la de ser destinado al egército de Italia, en la época precisa en que se puso á su frente. Si como el Directorio le confió el mando de este egército, cuando habia sido reforzado por el de los Pirineos orientales, á consecuencia de la paz de Basilea, y cuando ya hasta el mismo Scherer, tan desgraciado y obscurecido despues, habia obtenido en la campaña anterior una ventaja considerable sobre los Austro-Sardos, le hubiese destinado á los egércitos del Rhin ó del Oeste, ó si hubiese sido enviado al de Italia un año antes, nada hubiera podido hacer de lo que hizo en su primera y mas gloriosa campaña. Por mas que el hombre haga, su fortuna ó su desgracia son en el último analisis el resultado de cierta combinacion de circunstancias, que no está en su mano hacer ó estorbar que se verifiquen, porque son consecuencias necesarias de causas antecedentes á su voluntad y á sus designios. Cesar sin el mando de las Galias, no hubiera sido Dictador perpétuo, y Buonaparte sin el egército de Italia, no hubiera llegado á la grandeza y elevacion en que le vimos. Preguntará alguno, ¿y por qué lo debió todo á la casualidad de ser destinado al

egército de los Alpes, mas bien que á otro cualquiera de los once ó doce que contaba entonces la Francia? Porque el de los Alpes, llamado despues de Italia, aunque desnudo y falto de todo cuando Buonaparte tomó el mando, era el mas aguerrido, disciplinado y valiente que tenia entonces la república, porque estaba ya acostumbrado á vencer, y porque habia sido formado por un general como Dugoumier, cuya muerte fue otra casualidad favorable á Buonaparte, pues si el vencedor de Tolon hubiera vivido, él hubiera mandado en Italia, hubiera hecho tanto ó mas que su discípulo y sucesor, y este se hubiera contentado con servir bajo sus órdenes, y ser un buen general de division. La muerte de Hoche, la circunspeccion, ó si se quiere, la modestia de Moreau, con el cual se contó primero para la revolucion de brumaire, y otras varias casualidades menos conocidas, favorecieron tambien á Napoleon, y acaso le inspiraron proyectos de engrandecimiento personal, de los cuales en otras circunstancias hubiera estado muy distante. Hoche está ya casi olvidado, porque murió muy temprano; pero si hubiera vivido,

hubiera tenido Buonaparte en él un rival mas poderoso y temible que Moreau: puede que este fuese mas hábil, pero el alma de aquel era mas grande, franca, generosa y patriota, y su reputacion está pura, en lugar que la conducta de Moreau fue en varias ocasiones obscura, tortuosa y equívoca. No hablarémos de la fortuna que tuvo Napoleon de encontrar ya formados tantos y tan hábiles generales, cuando empezó á disponer de todas las fuerzas de la Francia, y cuanto contribuyeron á su gloria hombres como Massena, Davoust, Soult, Ney, Victor, Lannes, Oudinot, Marmont, Suchet, Bessieres, y tantos otros; porque los hechos han demostrado, que si bajo su direccion hacian prodigios, no era lo mismo cuando no estaban inspirados por su genio; y todos ellos han repetido mil veces que si bien podian mandar un egército de cien mil hombres, solo Napoleon era capaz de maniobrar con quinientos ó seiscientos mil combatientes. Asi en esta parte su habilidad, y la dicha de tener buenos subalternos, se equilibran entre sí.

Si á estas felices casualidades oponemos ahora las desgracias y acasos en que no

tuvo parte alguna , y que contribuyeron no poco á su última ruina, resaltará mas todavía su mérito personal: las recorreremos sumariamente. Empezando por el revés de san Juan de Acre, sabido es, que trasportando por mar la artillería de sitio, fue cogida por los ingleses; y sin artillería gruesa ¿cómo derribar solidísimos aunque antiguos murallones? Pasando á los negocios de España, causa primordial de sus ulteriores desgracias, público es que la revolucion de Aranjuez, suceso que no podia ni debia entrar en su cálculo, trastornó enteramente sus proyectos, y desconcertó sus planes, y que metido ya en el paso, le fué preciso acudir al desesperado recurso de las renuncias; violencia tan notoria y escandalosa, y tan repugnante á la lealtad española, que debió producir como produjo la sublevacion general de toda la nacion, ofendida contra un hombre que tan descaradamente hollaba la fe, la palabra, el honor, y cuanto hay de mas sagrado en la humana sociedad. Pero ¿quién sabe bajo qué aspecto hubieran visto las provincias la retirada de la corte á Andalucía, si hubiera llegado á verificarse, y qué giro hubieran tomado las

cosas en otra cualquiera hipótesis que la que dió por resultado el 19 de marzo? Si la batalla de Baylen fue la que en rigor rompió las cadenas con que el Rey acababá de ser aprisionado, tambien puede decirse con verdad, que los acontecimientos de Aranjuez, aunque por el pronto pusieron á la familia real en manos de Buonaparte, salvaron la independencia nacional. Sin ellos es muy probable que la nacion, abandonada voluntariamente por sus príncipes, no hubiera hecho nadá por ellos, y hubiera transigido con el que entonces hubiese dicho que venia á libertarla de la tiranía de Godoy, y darla un gobierno mas enérgico y liberal. En cuanto á la batalla misma de Baylen, el primer descalabro que recibieron sus tropas, destruyendo el prestigio que las representaba como invencibles, fue, como se ha dicho, la que realmente le destronó: público es que se dió sin su noticia, y que contribuyeron á que se perdiese mil circunstancias, ninguna de las cuales fue obra suya, sino acaso la de haber mandado adelantar á Andalucía aquel cuerpo de egército, sin conocer exactamente el estado de la opinion en el pais, y

los recursos de que se podia echar mano para oponerse á su internacion, y aun destruirle. En el gran desastre de Moscou, aunque la culpa principal fue la del temerario general que se internó tanto en desiertos casi inhabitables, y en tan rígidos climas, sin embargo contribuyó á él tambien en mucha parte la pronta paz que la Inglaterra proporcionó á la Rusia con Turquía; la cual permitió á aquella disponer de los egércitos de Valaquia y Moldavia, y hacerlos caer sobre el flanco y espalda del egército invasor. Agréguese tambien la debil cooperacion del Austria y de la Prusia, cuyos contingentes, que formaban las dos alas del grande egército, no marcharon *paralelos* con el centro, sino que le dejaron descubierto; y añádase por fin el incendio de Moscou, acto sublime de patriótica desesperacion, con que no debió contar el Agamenon moderno. En la batalla de Leipsic, ¿qué mas pudo hacer que salvar las reliquias de su egército un general, á quien en medio de la accion se le pasan al enemigo divisiones enteras de tropas y vuelven contra él las mismas armas con que contaba para su defensa? En la campaña de 1814, aunque su situacion era

ya muy apurada, todavía hubiera podido hacer una diversion muy poderosa por la parte de Italia, si Murat no le hubiera abandonado y hecho la paz con los austriacos. Tal vez estos no se hubieran internado en Francia, si 40 mil napolitanos unidos á los 70 mil frauceses y cisalpinos que mandaba Eugenio, hubieran hecho una invasion en los estados hereditarios. En Waterloo, sin tratar de rebajar el mérito del general inglés, ni menoscabar su gloria, no puede negarse que si Grouchi hubiera estado en el campo de batalla á la hora en que se le esperaba y debia estar, segun las repetidas órdenes que se le comunicaron, otro hubiera sido el resultado final de aquella accion decisiva. No hablemos de la desercion que hubo al campo enemigo de oficiales de graduacion, asi como en Alemania habia sucedido dos años antes con el general Jomini, que siendo gefe de estado mayor, se pasó á los aliados, en la víspera de una batalla, y les comunicó los planes de los franceses, y cuantas noticias podian interesarles en orden á su situacion, fuerzas y recursos. Estos son sucesos casuales con que no debe contar un general; y sin

embargo ellos deciden muchas veces de la suerte de las batallas, y aun de los imperios.

Entre las faltas que unidas con los acasos involuntarios que acabamos de indicar, contribuyeron á su ruina, y la prepararon aunque de muy lejos, fue la primera la de no haberse contentado con el título de consul, y haber tomado el de emperador con el tratamiento y etiqueta de los antiguos reyes. Desde el dia en que se hizo dar *Magestad*, y empezó á hablar de *su pueblo y de su buena ciudad de París;* el personage hasta entonces heróyco se convirtió en un personage de farsa. Tal es el hombre. Habituado á unir la idea de príncipe soberano con la de la transmision por herencia de la autoridad real y de los títulos y honores anejos á ella; no le repugna ni le parece ridículo dar el título de alteza á un niño reciennacido y el de magestad al que acaba de heredar la corona de sus mayores; pero se le resiste tanto llamar *sire* desde hoy al que ayer llamaba *cuidadano consul*, y dar magestad á aquel á quien hablaba ayer sin mas tratamiento que el de *vos;* que por mas que se empeñe en ha-

cerse ilusion á sí mismo, no puede menos de mirar aquella repentina mudanza como una transformacion de teatro. Añádase á esta primera ridiculez la de haber querido imitar en todo la etiqueta, los usos y hasta las diversiones de los antiguos reyes, y se verá como por los mismos medios que empleaba el nuevo emperador para imponer respeto á los que ya llamaba sus súbditos, y antes sus conciudadanos, lo único que conseguia era hacer despreciable su persona. ¿Cómo podrian dejar de reirse los mariscales y demas altos personages que le habian visto en los grados inferiores de la milicia, siendo ellos ya generales ó empleados de primera gerarquia, cuando en las cartas de oficio que recibian, se veian tratar de *primos* por un hombre con el cual no tenian la menor relacion de parentesco, y cuando entre ellos habia muchos, como un Talleyrand, que pertenecian á la antigua y alta nobleza? ¿De dunde le viene á este villano, se dirian, la insolencia de llamarse primo nuestro? ¿Qué tiene de comun el hijo de un obscuro vecino de Ajaccio con la familia de los Montmorenci, los Rochefoucault y tantas

otras de la mas rancia grandeza? El pueblo mismo, ¿cómo podia no reirse y burlarse de su trágico emperador, al ver que no siendo por gusto aficionado á la caza, y no habiéndose acordado de cazar mientras fue consul, no bien hubo mudado de nombre, cuando ya creyó necesario á su decoro y dignidad tener un montero mayor y cotos vedados, hacer traer ciervos y javalies de Alemania, y señalar hasta el trage con que debian asistir á sus cacerias las personas á las cuales dispensaba el alto honor de convidarlas? Semejantes puerilidades y pequeñeces en un hombre levantado de la nada, y que afectando por otra parte modestia y sencillez en el vestido, queria hacer el papel de filósofo y de héroe, cuando en realidad estaba haciendo el de Arlequin; no podian menos de irle desconceptuando insensiblemente y haciendo ver á todo el mundo, que el hombre á quien por sus victorias se habia dado no sin razon el título de grande, abrigaba en su corazon una vanidad pueril que le hacia pequeño y muy pequeño á los ojos de los verdaderos filósofos.

Lo mismo decimos de la farsa de la

coronacion. ¿Ignoraba Buonaparte que un poco de aceyte aplicado sobre su frente por quien quiera que fuese, no le daba derecho alguno al trono de la Francia; y que el único titulo legítimo que podia presentar era la libre y voluntaria eleccion del pueblo sobre que pretendia reynar? Si tenia esta, ¿para qué unturas ni escenas teatrales? Y si no la tenia, ¿cómo pensaba legitimar por la intervencion de un soberano estrangero la usurpacion real de un trono que no le pertenecia por herencia, y al cual en la suposicion hecha, no era llamado tampoco por la voluntad de sus conciudadanos? Ya vió él mismo en el dia de su desgracia, que la uncion que podia conservarle sobre el trono, eran las bayonetas de sus soldados y el amor de la Francia, y que cuando aquellas y este le faltaron, ungido y muy ungido y consagrado por el papa, fue derribado del solio y sacado de su imperio. ¿Cómo pudo ocultarsele á un hombre de su talento é instruccion, y sobre todo á un hombre que siempre habia reconocido y proclamado el principio de la soberania nacional, que en un siglo y en una nacion en que se enseña esta doctrina, el ungi-

miento no da derecho alguno, ni sirve para otra cosa que para hacer ridículo al que quiera renovar usos y ceremonias del tiempo de Carlo-Magno? Ademas en él concurria otra razon para no haber permitido esta solemnidad religiosa, aun cuando sus aduladores se la hubiesen indicado; y es que si esta puede fascinar al pueblo é imponerle respeto cuando recae sobre un príncipe de cuya religiosidad no puede dudarse, produce el efecto contrario cuando se trata de un hombre que tenia soltadas tantas prendas de que ni creia en la virtud mística del santo óleo, ni en el papa que se le aplicaba. El hombre que siendo general en Italia, despojaba el templo de Loreto y enviaba á París la imagen de aquel célebre santuario con la carta burlona y nada piadosa que puede verse en los periódicos de aquel tiempo y de que los franceses no se habian olvidado; el hombre que habia enviado á Roma á su lugarteniente Berthier para destronar á Pio VI y conducirle prisionero á Francia; el hombre que en Egipto habia asistido á la mezquita con pelliza musulmana á celebrar el nacimiento de Mahoma; y en fin

el hombre que hasta ser primer consul se habia conducido y esplicado siempre como un espíritu fuerte, acudía ya muy tarde á tomar la máscara de la religion para encubrir con ella lo que pudiese haber de ilegítimo en su elevacion al trono. Asi fue que con todas sus momerias de piedad cristiana, no consiguió persuadir á los católicos que lo era en su corazon, y se hizo despreciable á los incrédulos que le miraban como un hipócrita. Por mas que fuese á misa con mucho séquito y comitiva, por mas que lo hiciese anunciar asi en los papeles públicos, por mas que mandase cantar el *Te Deum* y hacer rogativas, por mas que hiciese decir en la misa el *Domine salvum fac Imperatorem*, y por mas que escogiese para leyenda de las monedas el *Dios protege á la Francia*; no habia un solo francés que le tuviese, no ya por devoto, pero ni aun por creyente. Asi es que el clero, aunque le debia su restablecimiento y existencia, siempre le miró como á un impio, le aborrecia de muerte, trabajó cuanto pudo para derribarle del trono, y se regocijó altamente en su caida. No queremos decir con esto que colocado al frente del gobierno de-

biese hacer alarde de su incredulidad; sabemos que todo hombre visible, y aun todo ciudadano debe conformarse en público con las prácticas esteriores de la religion del pais, y asi no reprendemos que él oyese misa ni hiciese otros actos esternos de piedad en circunstancias que lo exigiese su situacion y su destino: lo que vituperamos es la afectacion con que lo hacia, y la no necesaria ceremonia de la consagracion; por que todos sus esfuerzos para pasar por piadoso, produjeron un efecto contrario al que deseaba; y esto no debia ocultarsele. Asi reconocemos tambien que debió hacer efectiva la libertad de cultos que las diversas constituciones hechas desde 1791, habian asegurado á los franceses, y que siendo la católica la de la mayor parte de ellos, debió entenderse con el papa para arreglar su policía esterior; pero creemos que en el concordato debió no hablar de su persona, dar por supuesto que era católico, y cumplir en público con las obligaciones de tal; pero sin afectacion y sin permitir siquiera que se hablase en los papeles de que habia asistido á la misa. El mandar que se anunciase, hacia sospechosa la sinceridad y buena fe del que

lo mandaba, tanto mas cuanto en tiempo de los antiguos reyes no se hacia. Ahora sin embargo continúa la moda que él introdujo; pero esta, aunque no necesaria, no tiene respecto del monarca actual el mismo inconveniente, por que nadie duda de su religiosidad.

Peor fue todavía que la farsa de la consagracion, y mas daño le hizo en la opinion general de Europa y en la particular de los franceses, la escena del divorcio y el nuevo matrimonio contraido viviendo aun su primera muger. Este acto que algunos miraron como una operacion de la mas fina política, le enagenó de un solo golpe el afecto de todas las mugeres de Francia, cuya influencia en los negocios ha sido mas grande de lo que él se imaginaba; le acabó de desconceptuar en la opinion de los católicos, y como se ha visto luego, de nada le sirvió para conservar la corona y perpetuar su dinastia, que eran los objetos que se proponia en un paso tan aventurado é imprudente.

Se deseará tal vez que pues hemos censurado en varios puntos la conducta pública de Napoleon, indiquemos cual era la que

debia haber observado para conservarse en su puesto, y para que su nombre pasara á la posteridad con una gloria pura y no manchada con tantos borrones: y vamos á hacerlo, por que visto el éxito de todas sus operaciones, no será dificil señalar el camino que debiera haber seguido para inmortalizarse. Primeramente aceptada la especie de dictadura decenal que el voto unánime de la mayor y mas sana parte de la nacion le habia conferido, y hecho en favor de su patria cuanto hizo hasta la paz de Amiens, en cuyo periodo ya dejamos dicho que se condujo como héroe, como sabio administrador, buen político, y en una palabra, como un hombre grande, estraordinario y admirable bajo todos aspectos; debió continuar hasta cumplir los diez años de su consulado sin variar de título ni admitir la perpetuidad, aun cuando se la hubieran ofrecido: examinar entre tanto, consultar muy detenidamente y de buena fe con los hombres mas ilustrados sobre la constitucion política que debia darse definitivamente á la Francia, hacerla muy despacio, discutirla largamente en el consejo de Estado, en el tribunado, en el cuerpo legis-

lativo y en el senado, y establecer la que resultase de tan prolijo y maduro examen. Si la parte ilustrada de la nacion convenia en que era indispensable restablecer la monarquía hereditaria, y colocar en el trono una nueva dinastía, y que él fuese su fundador; debió subir al trono modestamente, sin eonsagraciones ni farsas, y gobernar á los franceses paternalmente sin mezclarse en los negocios de las otras naciones, sino en cuanto lo exijiese el interes de la suya, y el de la Europa. Habiendo dado ya á la Francia por el tratado de Luneville sus límites naturales, que son Rhin, Alpes y Pirineos, su atencion toda debió convertirse á fomentar la felicidad y riqueza interior de la Francia, y á crear una marina poderosa que con el tiempo libertase al mar de la dominacion inglesa y le restituyese al patrimonio comun de las naciones. Si como debemos suponerlo, el gabinete de san James le suscitaba guerras eontinentales para impedirle acrecentar su marina; y si en ellas obtenia los triunfos que su pericia y el tener la justicia de su parte hubieran hecho infalibles; el fruto de sus victorias debió ser, segun las circunstancias lo fuesen;

permitiendo, 1.° la reunion de toda la Italia en un solo estado independiente, en cuyo caso nada importaba que coronase en él á su hijastro ó á uno de sus hermanos: 2.° el restablecimiento del reyno de Polonia engrandeciéndole cuanto fuese posible para impedir que la Rusia llegase nunca á ponerse en inmediato contacto con la Alemania: 3.° no haber permitido que la Suecia perdiese la Finlandia, y antes bien haberla facilitado la adquisicion de la Noruega, indemnizando con ventajas á la Dinamarca en el continente germánico: 4.° lejos de debilitar y desmembrar la Prusia, hubiera debido cederla el estado de Hanover, y no consentir que la Inglaterra tuviese un solo palmo de tierra en el continente, ni factorias, como la de Portugal: 5.° por consiguiente unir este reyno al de España, y á toda costa quitar á los ingleses el punto importantísimo de Gibraltar: 6.° favorecer la emancipacion de la Turquía Europea y su ereccion en estado independiente, sin consentir que la Rusia pasase mas acá del Danubio: 7.° reprimir la pirateria de los berberiscos y cooperar con la España y la Italia á la fundacion de

colonias libres en toda la costa septentrional de Africa, y preparar por este medio la civilizacion de esta vastísima region, casi perdida ahora para el resto de los hombres. En suma, su política deberia haberse propuesto, como principalísimos objetos, abatir la prepotencia marítima de la Inglaterra, y hacer imposible que la Rusia invada un dia la Europa y llegue con el tiempo á enseñorearse de ella. La importancia de estos dos estremos no se le ocultó á Buonaparte, ni puede ocultarse á nadie; pero los medios que adoptó para obtenerlos, han producido el efecto contrario. La Inglaterra es hoy mas poderosa que nunca, ha adquirido á Malta y las islas Jónicas en el mediterráneo, el Cabo de Buena Esperanza, inmensas posesiones en el Indostan, parte de las colonias holandesas y francesas en los mares de la India, y la isla de la Trinidad en los de América: y la Rusia ha añadido á sus vastos dominios, la Finlandia, casi toda la antigua Polonia, una parte de las provincias turcas de mas allá del Danubio, y amenaza en el dia tragarse todo el resto del imperio turco en Europa, ó repartírsele con el Austria: prueba evidente de

que Napoleon no sacó de sus grandes victorias el fruto que pedia el interes general. Se dirá que es por que ha caido, y que si no él hubiera contenido á la Rusia y acabado con el poder marítimo de la Inglaterra; pero ya queda probado que si cayó del trono, fue por lo disparatado de su plan, y por lo errado de las operaciones parciales con que iba preparando su egecucion. No hay arbitrio: *exitus acta probant.* Buonaparte tuvo en sus manos un poder inmenso: hizo uso de él para engrandecer á la Francia y debilitar á sus enemigos; y el resultado ha sido que con aquello ha perdido todas sus conquistas, algunas de sus colonias, y aun parte de su antiguo territorio, y que sus enemigos todos, menos la España, se han hecho mas poderosos: luego el uso que su gefe hizo de los inmensos recursos de que podia disponer y dispuso, fue descabellado. Esta es una demostracion de hecho.

Hemos supuesto que la parte ilustrada de la nacion francesa hubiese reconocido la necesidad de restablecer la abolida monarquía y colocar bajo el solio una dinastía nueva; pero ya que la república existia de hecho, si se hubiera podido hallar

una combinacion tal de los poderes sociales, que con un magistrado temporal y electivo, el orden público, la paz interior, y la estabilidad de las instituciones quedasen igualmente aseguradas que en la monarquía ; en este caso el papel de Wassington representado en Europa por Buonaparte, hubiera completado su gloria y hubiera hecho de él el primer hombre de todos los paises y de todas las edades. Si despues de vencer á los primeros generales de su siglo, de desarmar á los enemigos de la revolucion, de librar á su patria de la anarquía, de darla leyes y de organizar el mejor sistema posible de gobierno, hubiese vuelto modestamente á la clase de simple particular, ¿quién podria serle comparado? Solo Timoleon y Wassington. Pero ¿qué teatro el de la pequeña república de Siracusa comparado con el de la Francia? Y ¿qué son las victorias de Wassington al lado de las de Buonaparte? Y ¿qué tiene que ver el mérito del primero, considerado como magistrado, con el del segundo en la suposicion en que hablamos? No afirmarémos que en el estado actual de las sociedades europeas, pueda pasarse la Francia sin

la monarquía hereditaria ; pero creemos que Napoleon era el único que pudo hacer el ensayo ; tanto mas que haciendo la primera magistratura quinquenal y reeligible por una sola vez al que la obtuviese, podia él haber continuado gobernando otros diez años despues de concluida la dictadura ; y en un periodo de veinte, las nuevas instituciones podian estar ya bastantemente consolidadas, para que aldarle sucesor no hubiese ya que temer nuevas convulsiones ni peligrosos trastornos. De todos modos lo que indudablemente pudo hacer el emperador de los franceses, concediéndole que la corona hereditaria fuese necesaria para la estabilidad del gobierno, fue dar á la Francia una constitucion monárquico-liberal, que fuese el modelo por el cual pudiesen los demas pueblos arreglar la suya, cuando las circunstancias se lo hubieran permitido. En esta parte se halló él en una situacion única en que jamas se halló ni hallará ningun otro legislador. En Francia todo habia sido destruido, y todo debia ser reconstruido de nueva planta : pero en los demas paises lo que se hace y puede hacer es reparar viejos edificios. ¡Por

qué fatalidad funesta, un hombre en cuyas manos habia depositado el cielo la omnipotencia, que vivia en el siglo mas ilustrado, y que tenia á su lado tantos sabios de primer orden; no escuchó su voz, no tomó sus consejos, no se aprovechó de sus talentos para dar al mundo el mejor código político, asi como dió á la Francia el mejor código civil que se conoce! ¡Y por qué una cabeza tan bien organizada, como la suya, que estaba á toda la altura de los grandes principios, y exenta de preocupaciones, se hizo hasta cierto punto el protector de los errores y redujo á calculado sistema el arte de gobernar despóticamente! Este, como queda dicho, será su gran crimen á los ojos de la posteridad. Sus demas faltas y sus otras injusticias han sido individuales, locales, por decirlo asi; pero el haber comprimido la libertad y las luces, en lugar de estenderlas y difundirlas, fue un pecado transcendental á las generaciones futuras.

Sin embargo, tal es el estado á que habia ya llegado la ilustracion en su tiempo, y tal el impulso que la revolucion habia dado á la Europa para que cami-

ne en direccion progresiva hácia la felicidad social, y hácia la reforma de las góticas instituciones que antes la regian; que el mismo Bonaparte, queriendo moderar y disminuir este impulso en la nacion que habia hecho el primer esfuerzo, ha contribuido poderosamente á que se propague por todo el continente europeo, y á que haya penetrado hasta en el hemisferio americano. Este es un hecho importante que pide alguna ilustracion. De tres maneras ha contribuido Napoleon á difundir las ideas liberales, y á sacar á los pueblos del letargo en que yacian: 1.º con la marcha de sus egércitos por todos los otros estados y su larga permanencia en muchos de ellos: 2.º con la inumerable multitud de prisioneros de todas naciones que sus victorias llevaron á Francia; y 3.º con las constituciones que por miras políticas y por necesidad, si se quiere, dió á varios de los estados invadidos. En cuanto á lo 1.º es innegable, que siendo los egércitos con que Buonaparte inundó la Europa desde Chiclana hasta Moscou, y desde Hamburgo hasta Regio, los egércitos de la revolucion, á lo menos en la parte culta de ellos que es la oficialidad

subalterna y superior; cada uno de estos revolucionarios era un apostol de libertad que iba sembrando por donde pasaba las doctrinas filosóficas mas ó menos bien entendidas, ya con juiciosa moderacion, ya con el mas exaltado jacobinismo. Estas semillas han fructificado, y á ellas se debe en gran parte este espíritu de constitucionalismo que hoy es ya el dominante aun en los paises que al principio se mostraron mas encarnizados contra la revolucion francesa. Por la misma razon el gran número de prisioneros que han pisado el suelo de la Francia y han permanecido en ella mas ó menos tiempo, ha salido de aquella tierra clásica de la libertad con opiniones muy distintas de las que profesaban cuando entraron en ella. Bien sabido es que los emperadores de Austria y Rusia se apresuraron á sacar sus tropas de Francia, despues de las dos invasiones; porque observaban que sus soldados, máquinas, aprendian alli mas de lo que á ellos les convenia. En orden á las constituciones dadas al reyno de Italia, al de Holanda y al de Westfalia, y á la proyectada en Bayona para España, es tambien innegable, que aunque modela-

das por la del imperio y de consiguiente informes, imperfectas y favorables al poder absoluto, al fin en todas ellas se consignaba el principio de la soberanía nacional, se hablaba de las garantías sociales, se dividian y se equilibraban, bien ó mal, los poderes políticos, se establecia una representacion nacional mas ó menos independiente del poder ejecutivo, se separaba el tesoro del príncipe del erario público, y aunque fuese de pura fórmula se hablaba de libertad de imprénta, de juicio por jurados y de otras instituciones liberales: y esto por lo menos familiarizaba al pueblo con unas ideas y un lenguage que hasta alli le habian sido desconocidos. Nosotros, los españoles sobre todo, aunque nos haya causado grandes males su invasion, no podemos desconocer que á ella debemos la libertad de que hoy gozamos: que sin ella no hubiera habido ni habria ahora constitucion de Cadiz: que en Bayona resonó por la vez primera la palabra constitucion: y que Buonaparte fue el primero que abolió en España la Inquisicion y los derechos feudales, echó por tierra la monstruosa autoridad del consejo de Castilla, prohibió

dar hábitos y redujo los frayles á las dos terceras partes, que su hermano acabó luego de extinguir. Su obra y la de Cadiz fue destruida en 1814: todo volvió al estado antiguo, y en su restauracion nadie ha tenido parte sino los valientes de la Isla; pero al fin estos son frutos de aquellas semillas.

Hasta las mismas constituciones consular é imperial, aunque tan favorables por otra parte al gefe del Estado, han ofrecido algo que imitar; y nadie puede desconocer que los gefes políticos de la nuestra son la copia de los prefectos de Francia.